

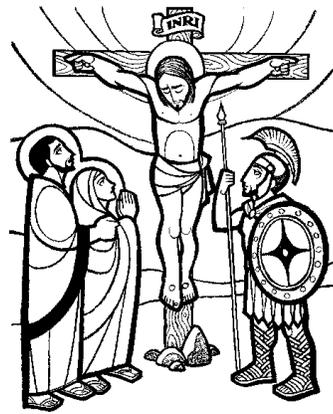


ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Celebración de la Pasión y Muerte del Señor

Viernes Santo
29 de marzo de 2024



Por tu cruz y resurrección nos has salvado Señor



Esta celebración dentro del Triduo Pascual es un verdadero ejercicio de contemplación del misterio de la muerte en cruz del Hijo de Dios, Jesús, hermano, maestro, salvador y redentor nuestro. Por ser el misterio que abre la Pascua de nuestro Señor Jesucristo, empuja a vivirse desde la hondura de la fe y en oración, dejando tantas exhortaciones y explicaciones doctrinales. El leccionario, en el conjunto de sus lecturas, se aplica para cualquier ciclo litúrgico y resaltan el valor redentor de la muerte de Cristo. La proclamación de las tres lecturas se propone que sea ser íntegra y ojalá pausada, con espacios de silencio, en clima de meditación y contemplación para que la asamblea pueda captar ampliamente su sentido. Los fieles deben crear un ambiente de sinceridad, de presencia agradecida al pie de la cruz, en tono de comunión con la humanidad entera, que también está ante la Cruz del Señor en la oración universal.

I. Notas exegeticas

Isaías 52, 13-53,12

Él fue traspasado por nuestras rebeliones (Cuarto cántico del Siervo)

Leemos y proclamamos el cuarto cántico del Siervo de Yahvé, como anuncio profético es el que más directamente presenta su disposición sacrificial por los demás. Este Siervo encarna todo el sufrimiento humano incluido el de la muerte afrentosa. En ese varón el dolor se redime porque es aceptado, es inocente, es por otros y termina en victoria. Así el Siervo vive dos realidades al parecer irreconciliables: la humillación y la elevación, el sufrimiento y el triunfo, la muerte y la vida. Dios y los hombres testifican con el Siervo que el dolor inocente es redimido y que redime.





En la imagen del Siervo siempre vemos la imagen del Jesús de la pasión y la cruz, del traspasado por el dolor, el que expuso su vida a la muerte para interceder por los pecadores.

Esta impresionante lectura resulta hoy la mejor clave profética para entender la entrega de Jesús a la muerte. Más que nunca el lector de este cántico debe prepararse y extremar con respeto la expresividad de su proclamación.

Salmo 30

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu

La evocación de esta frase clave del salmo, en los labios de Jesús (Lc 23,46), nos conduzca a mirarlo a Él y a la Cruz.

En su originalidad, el salmo nos habla de un acusado inocente, enfermo y herido, cuestionado por los suyos. Y todo ese tumulto de sentimientos acusatorios y de desprecio terminan en un acto confiado del orante ante Dios: “Yo confío en ti, Señor, ... Tú eres mi Dios”. El orante aguarda la bendición para él y para los que saben esperar en el Señor. El salmista se acoge a Dios y se siente seguro de no ser defraudado.

Todo eso se transporta con claridad al momento de exhalación y muerte de Jesús en la Cruz; hace destacar de Jesús mismo su oración y confianza al Padre.

Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9

Aprendió a obedecer y se convirtió para todos los que lo obedecen en autor de salvación

La carta invita al sentido de la muerte de Jesús, presentado característicamente como Sumo Sacerdote y que por su sacrificio obra la misericordia para los suyos por su sacrificio obediente. Jesús compasivo es el Sumo Sacerdote, probado en todo por nosotros, menos en el pecado; Hijo de Dios que ofrece el sacrificio por los pecados.





Nosotros nos presentamos para alcanzar por Él la misericordia y la gracia favorable. Su testimonio fue de obediencia llevada a la consumación para la salvación eterna de todos los que confesamos su nombre. La proclamación de esta palabra se vuelve circular porque nuestra confianza en este Sumo Sacerdote nos dará la salvación gracias a su obediencia, manteniéndonos firmes en la confesión de la fe. Y el colofón de esta contemplación, en la liturgia de la Palabra de este viernes, será esa lectura reposada y atenta de la pasión del Señor en el evangelio de San Juan.

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según San Juan 18, 1-19, 42

Prendieron a Jesús y lo ataron

Juan insiste en el relato de la Pasión en la obediencia a la voluntad del Padre. Por eso no encontramos súplica alguna que deje ver en Jesús su deseo de abandonar el cáliz, por el contrario, sus palabras indican que acepta este cáliz como un imperativo personal, pero igualmente como una entrega que ha de conducirle a la gloria: *"El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?"* (Jn 18,11).

Con la pasión, Juan revela la gloria de Jesús, la llegada de su exaltación, construida narrativamente como *"su Hora"* a lo largo del evangelio (Jn 2,4; 7,30; 8,20; 12,23.27; 13,1; 16,4.32; 17,1). Por tanto, en la pasión se revela la gloria del Hijo de Dios, que consiste en cumplir la misión que el Padre le confió y volver a él. Juan presenta esa glorificación por el camino sacrificial de la Cruz, glorificación que no olvida el camino de dolor y entrega ofrecida amorosamente.

La pasión se presenta en cuatro cuadros enmarcados por lugares y encuentros con personajes claves y representativos: en Getsemaní (18,1-11); ante Anás (18,16-27); ante Pilato (18,28-19,15); en el Calvario (19,19-37). Todo va revelando el camino hasta la cruz como camino triunfal del rey hacia su trono.





El culmen es Jesús como Rey, Él se ha presentado así (Jn18,36s). Ya fue coronado y presentado al pueblo como hombre-rey para escarnecerle (19,2s.5,14s) y el pueblo le aclama y grita "crucifícalo", y luego es entronizado en una cruz con un cartel de afrenta (19,19-22). Las autoridades y los judíos en masa creen haberse sacado de encima a aquel que no aceptó ser rey como los de este mundo (6,14-15), y, en realidad, le han llevado a ejercer plenamente su realeza, marcada y sellada por dar la propia vida libremente. Jesús se presenta como rey y la cruz es su trono. La ironía está en que, levantado y glorificado en la cruz, por medio de la humillación y la burla Él vuelve al Padre, a aquel que lo había enviado, porque ya ha cumplido la misión.

Otra imagen escondida, y no menos importante, es ver a Jesús y su sacrificio en la Cruz como la identificación del "Cordero de Dios" que el Bautista ya había presentado (Jn 1,29-36). Jesús muere el día de la preparación de la fiesta, a la hora en que sacrifican en el templo los corderos para celebrar la Pascua: "No le quiebran ningún hueso" (Jn 19,31-37), porque el Cordero Pascual no debe tener tara alguna (Cf. Cena pascual Judía, Éxodo 12,46). Jesús es el Cordero Pascual que nos lleva, pasando primero él, de la muerte a la vida, de este mundo al Padre.





II. Pistas homiléticas

Quizá hoy, de un modo especial, la homilía debería ser una homilía en la que el predicador hace una verdadera parresia desde el testimonio de vida. Sentarse, leer y meditar las lecturas y los textos de hoy, y preguntarse: ¿Qué significa la muerte de Jesucristo para mí como hombre de fe y como pastor? ¿Qué significa para la Iglesia y la comunidad a la que pertenezco? Y, luego, intentar transmitirlo en la homilía, como lo sugiere la liturgia del día, de manera breve.

- ❖ **Una señal de dolor y sacrificio que nos transmite salvación y esperanza.** Si Jesús camina hacia la Cruz entrega su vida por amor hasta el extremo y por obediencia al Padre y nosotros, inspirados por San Pablo, decimos que allí está la verdadera sabiduría y fuerza de Dios.
- ❖ **Un signo que nos acerca a la contemplación orante y obediente.** Si insistimos en este día en el silencio, es precisamente para la contemplación de la Cruz, para una oración profunda ante el misterio de amor y salvación que allí se escribe, que allí se muestra.
- ❖ **Un signo que es identidad fraterna, bendición y manifestación de amor.** No podemos olvidar que la señal de la cruz nos identifica, en el signo de la Cruz nos reunimos litúrgicamente y nos encontramos con Dios, el signo de la cruz lo hacemos sobre nosotros o los demás como signo de bendición, bajo él buscamos protección y salvación. Y, con todo, la Cruz es señal del amor que Dios Padre ha tenido por nosotros para salvarnos por medio de su Hijo. Valorar este misterio cada vez que vemos una cruz, nos santiguamos, bendecimos, invocamos protección, es identificarnos como creyentes y amados por Dios en su Hijo.
- ❖ **«Mirad el árbol de la Cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo» (Liturgia de la pasión).** «¡Oh don preciosísimo de la cruz! ¡Qué aspecto tiene más esplendor! (...). Es un árbol que engendra la vida sin ocasionar la muerte, que ilumina sin producir sombras, que introduce en el paraíso sin expulsar a nadie de él; es un madero al que Cristo subió, como rey que monta en su cuadriga, para derrotar al diablo que detentaba el poder de la muerte y librar al género humano de la esclavitud a que la tenía sometido el diablo.





Este madero en el que el Señor, cual valiente luchador en el combate, fue herido en sus divinas manos, pies y costado, curó las huellas de pecado y las heridas que el pernicioso dragón había infligido a nuestra naturaleza (...). Aquella suprema sabiduría que, por así decir, floreció en la cruz, puso de manifiesto la jactancia y la arrogante estupidez de la sabiduría mundana» (S. Teodoro Estudita, *Oratio in adorationem crucis*). Por eso, sin miedo, San Pablo afirma que predicamos a Cristo crucificado (1Co 1,23), a aquél que me amo y murió por mí (Gal 2,20).





III. Subsidio litúrgico

Antes de que el sacerdote y los ministros se dirijan en silencio hacia el altar, el comentador lee:

Monición de entrada

Hermanos, nos reunimos en la tarde de este día santo para conmemorar la Pasión del Señor y meditar en el misterio de la muerte del Hijo de Dios. El silencio, la sobriedad y la oración que identifican esta liturgia, nos unirán al sacrificio redentor para participar poco después de la victoria sobre la muerte.

Que la fe y la piedad nos hagan partícipes devotos de este misterio.

Monición a las lecturas

Recomendamos NO hacer monición a las lecturas, como conviene al espíritu de esta celebración.

Monición antes de la Oración Universal (para explicar su sentido y modalidad)

La oración de fieles de este día representa la súplica por todos los hombres y mujeres del mundo, creyentes y no creyentes, judíos y cristianos, y manifiesta el deseo de llegar a ser todos un solo cuerpo en Cristo. La realizaremos de este modo: un ministro dice el motivo de la intención para que todos oremos en silencio, luego el sacerdote dirige la oración a Dios y nosotros nos unimos al final con el amén.

La Oración Universal está contenida en el Misal. Sin embargo, aquí la compartimos:





I. Por la santa Iglesia

Diácono o laico

Oremos, hermanos, por la Iglesia santa de Dios, para que el Señor le dé la paz, la mantenga en la unidad, la proteja en toda la tierra, y a todos nos conceda una vida confiada y serena, para gloria de Dios, Padre todopoderoso. Oremos por la Iglesia.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno, que en Cristo manifiestas tu gloria a todas las naciones, vela solícito por la obra de tu amor, para que la Iglesia, extendida por todo el mundo, persevere con fe inquebrantable en la confesión de tu nombre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

II. Por el Papa

Diácono o laico

Oremos también por nuestro santo padre el papa Francisco, para que Dios, que lo llamó al orden episcopal, lo asista y proteja para bien de la Iglesia como guía del pueblo santo de Dios. Oremos por el papa.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno, cuya sabiduría gobierna todas las cosas, atiende bondadoso nuestras súplicas y guarda en tu amor a quien has elegido como Papa, para que el pueblo cristiano, gobernado por ti, progrese siempre en la fe bajo el cayado del mismo pontífice. Por Jesucristo, nuestro Señor. R. Amén.

III. Por todos los ministros y por los fieles

Diácono o laico

Oremos también por nuestro obispo, el Cardenal Luis José Rueda Aparicio, y por sus obispos auxiliares, por todos los obispos, presbíteros y diáconos, y por todos los miembros del pueblo santo de Dios. Oremos por todos los ministros y por los fieles.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote:





Dios todopoderoso y eterno, cuyo Espíritu santifica y gobierna todo el cuerpo de la Iglesia, escucha las súplicas que te dirigimos por tus ministros, para que, con la ayuda de tu gracia, todos te sirvan con fidelidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

IV. Por los catecúmenos

Diácono o laico

Oremos también por los (nuestros) catecúmenos, para que Dios, nuestro Señor, les abra los oídos del espíritu y la puerta de la misericordia, de modo que, recibida la remisión de todos los pecados por el baño de la regeneración, sean incorporados a Cristo, nuestro Señor. Oremos por quienes se preparan para el bautismo.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno, que haces fecunda a tu Iglesia dándole constantemente nuevos hijos, acrecienta la fe y la sabiduría de los (nuestros) catecúmenos, para que, al renacer en la fuente bautismal, sean contados entre tus hijos de adopción. Por Jesucristo, nuestro Señor.

V. Por la unidad de los cristianos

Diácono o laico

Oremos también por todos aquellos hermanos que creen en Cristo, para que Dios, nuestro Señor, asista y congrege en una sola Iglesia a cuantos viven de acuerdo con la verdad. Oremos por la unidad de los cristianos.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno, que vas reuniendo a tus hijos dispersos y velas por la unidad ya lograda, mira con amor a la grey de tu Hijo, para que la integridad de la fe y el vínculo de la caridad congrege a los que consagró un solo bautismo. Por Jesucristo, nuestro Señor.





VI. Por los judíos

Diácono o laico

Oremos también por el pueblo judío, el primero a quien habló el Señor Dios nuestro, para que acreciente en ellos el amor de su nombre y la fidelidad a la alianza. Oremos por los judíos.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno, que confiaste tus promesas a Abrahán y su descendencia, escucha con piedad las súplicas de tu Iglesia, para que el pueblo de la primera Alianza llegue a conseguir en plenitud la redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.

VII. Por los que no creen en Cristo

Diácono o laico

Oremos también por los que no creen en Cristo, para que, iluminados por el Espíritu Santo, encuentren el camino de la salvación. Oremos por los no cristianos.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno, concede a quienes no creen en Cristo encontrar la verdad al caminar en tu presencia con sincero corazón, y a nosotros, deseosos de ahondar en el misterio de tu vida, ser ante el mundo testigos más convincentes de tu amor y crecer en la caridad fraterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

VIII. Por los que no creen en Dios

Diácono o laico

Oremos también por los que no conocen a Dios, para que merezcan llegar a él por la rectitud y sinceridad de su vida. Oremos por quienes no creen en Dios.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno, que creaste a todos los hombres para que, deseándote siempre, te busquen y, encontrándote, descansen en ti, concédeles, en medio de sus dificultades, que los signos de tu amor y el testimonio de las buenas obras de los creyentes los lleven al gozo de reconocerte como el único Dios verdadero y Padre de todos los hombres. Por Jesucristo, nuestro Señor.





IX. Por los gobernantes

Diácono o laico

Oremos también por los gobernantes de todas las naciones, para que Dios, nuestro Señor, según sus designios, los guíe en sus pensamientos y decisiones hacia la paz y libertad de todos los hombres. Oremos por los gobernantes.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno, en tu mano están los corazones de los hombres y los derechos de los pueblos, mira con bondad a los que nos gobiernan, para que en todas partes se mantengan, por tu misericordia, la prosperidad de los pueblos, la paz estable y la libertad religiosa. Por Jesucristo, nuestro Señor.

X. Por los atribulados

Diácono o laico

Oremos, queridos hermanos, a Dios Padre todopoderoso, para que libre al mundo de todos los errores, aleje las enfermedades, destierre el hambre, abra las prisiones injustas, rompa las cadenas, conceda seguridad a los caminantes, el retorno a casa a los peregrinos, la salud a los enfermos y la salvación a los moribundos. Oremos por los que sufren.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno, consuelo de los afligidos y fuerza de los que sufren, lleguen hasta ti las súplicas de quienes te invocan en su tribulación, para que todos sientan en sus adversidades el gozo de tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.





IV. Indicaciones litúrgicas

- ❖ Según una antiquísima tradición, la Iglesia no celebra la eucaristía ni en este día ni el siguiente.
- ❖ En este día la sagrada comunión se distribuye a los fieles únicamente dentro de la celebración de la Pasión del Señor; a los enfermos, que no pueden participar en dicha celebración, se les puede llevar a cualquier hora del día.
- ❖ El altar debe estar desnudo por completo: sin cruz, sin candelabros, sin manteles.
- ❖ Después del mediodía, cerca de las tres, a no ser que por razón pastoral se elija otra hora cercana, tiene lugar la celebración de la Pasión del Señor, que consta de tres partes: liturgia de la palabra, adoración de la Cruz y sagrada comunión.
- ❖ El sacerdote y el diácono, revestidos de color rojo como para la misa, se dirigen al altar, y, hecha la debida reverencia, se postran rostro en tierra o, si se juzga mejor, se arrodillan, y todos oran en silencio durante algún espacio de tiempo.
- ❖ Después el sacerdote, con los ministros, se dirige a la sede, donde, vuelto hacia el pueblo, y sin hacer ni la señal de la cruz ni ningún saludo inicial, con las manos juntas, dice una de las dos oraciones propuestas en el Misal. No se dice: Oremos.
- ❖ Acabada la oración universal, tiene lugar la solemne adoración de la santa Cruz. De las dos formas que se proponen para mostrar la cruz, se elige la que se juzgue más apropiada a las circunstancias.
- ❖ Para la adoración sólo debe exponerse una cruz. Si por el gran número de asistentes resulta difícil que cada uno de los fieles adore individualmente la santa cruz, el sacerdote, después de que una parte de los fieles haya hecho la adoración, toma la cruz y, de pie ante el altar, invita al pueblo con una breve monición a que adore la santa cruz. Luego la levanta en alto durante unos momentos y los fieles la adoran en silencio.
- ❖ Al terminar la Oración sobre el pueblo, todos salen en silencio. No hay bendición final. El altar se desnuda nuevamente en el momento oportuno. Para distinguir adecuadamente la primacía de la acción litúrgica no es conveniente tener inmediatamente después algún acto de piedad popular.





1. ORDENACIÓN GENERAL DEL MISAL ROMANO

https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccdds/documents/rc_con_ccdds_doc_20030317_ordinamento-messale_sp.html

2. CARTA CIRCULAR SOBRE LA PREPARACIÓN Y CELEBRACIÓN DE LAS FIESTAS PASCUALES

<https://iglesiaactualidad.wordpress.com/2020/03/19/carta-circular-de-la-congregacion-para-el-culto-divino-sobre-la-preparacion-y-celebracion-de-las-fiestas-pascuales/>

3. DIRECTORIO SOBRE LA PIEDAD POPULAR Y LA LITURGIA

https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccdds/documents/rc_con_ccdds_doc_20020513_vers-direttorio_sp.html

